

LISANDRO ALVARADO

por Jacinto Fombona-Pachano

Jacinto

FOMBONA-PACHANO

Entre los líricos venezolanos del presente siglo es JACINTO FOMBONA-PACHANO una de las cifras que más se destaca por la alta calidad poética de sus creaciones.

Nacido y muerto en Caracas (1901-1951) formó parte Fombona-Pachano, con Luis Enrique Mármol, Andrés Eloy Blanco y tantos otros nombres inolvidables, de la Generación que se ha llamado de 1918.

Su iniciación poética se puede situar en el período en que el movimiento modernista se diluía en ese conjunto de tendencias líricas que afloraron en los años subsiguientes a la primera Guerra Mundial.

Entre los poetas de su generación, la personalidad de Fombona-Pachano acusa perfiles diferenciales muy suyos, muy personales; y fue así como, cuando Mármol cultivaba una poesía matizada de trascendentalismo, de "angustia filosófica" y Blanco echaba por los caminos de lo popular, Fombona-Pachano prefirió quedarse en el elaborado ámbito de un subjetivismo saturado de intimidad y depuración estéticas, a la manera de Antonio Machado. Más tarde descubre una nueva veta, el ingenuo y mágico mundo de la infancia y se convierte en uno de sus más sutiles intérpretes.

Cultivó también Fombona-Pachano la prosa, principalmente cuando ejerció la Dirección del diario "Ahora" y cuando compartió la misma responsabilidad con José Nucete Sardi al frente de la revista "Diagonal".



Fué miembro de la Academia Venezolana de la Lengua; Encargado de nuestra Cancillería, durante la ausencia del titular, su fraterno amigo Andrés Eloy Blanco; y Consejero de la Embajada de Venezuela en Washington.

“Virajes” (1932), “Las Torres Desprevenidas” (1940) y “Sonetos” (1945), son los títulos de su obra poética.

Dos años después de su muerte, sus hijos editaron en dos volúmenes la totalidad de su producción literaria.

Nuestro “BOLETIN” se complace en recoger en el presente número una conferencia de Jacinto Fombona-Pachano que es, sin duda, uno de los más atinados ensayos que se han escrito hasta la fecha sobre la vida y la obra de Lisandro Alvarado.

R. P-D.

LISANDRO ALVARADO

por
Jacinto
FOMBONA-PACHANO

Exhumar y exaltar las memorias de los varones ejemplares del pensamiento, para estímulo y sabiduría de los pueblos que les han dado cuna y a los cuales han sabido servir, es deber ineludible de justicia y también misión civilizadora.

En la génesis de las patrias, no sólo al heroísmo de la guerra tocó desempeñarlo todo. Hay otro heroísmo, que se desarrolla paralelamente con éste, lo inspira y lo completa, se debate al margen de las batallas y se nutre de sacrificios no menos fecundos y portentosos. El campo de sus actividades pertenece a la calma del laboratorio, de la biblioteca o de la cátedra, ya se la dicte en el aula misma o se la transmita con la lección permanente de alguna existencia generosa, consagrada al bien físico o espiritual de la humanidad. Si se quiere, el heroísmo, así manifestado, se supera en intensidad y duración, porque sus límites no concluyen donde termina la gesta eventual del guerrero, sino que se extienden a la paz, a la vida entera y normal del hombre, en lucha prolongada con las ideas, con los misterios de la naturaleza y con el medio, muchas veces hostil.

A la gloria del militar corresponde su momento y su mística. Sobre todo, si aquella ha sido conquistada en lid de nobles principios, sellada por la muerte, por la decisión estelar, como hubiera dicho Stefan Zweig, o por la abnegación en cualquiera de sus más puras formas. Una hora adviene, sin embargo, en la historia de los grandes valores humanos, que impone preferir,

antes que al ímpetu avasallador del héroe homérico, el deslizarse, aparentemente apacible, del héroe de Carlyle. Es el instante, cuando la conciencia social, ya en reposo del trajín bélico, busca su expresión adecuada y su guía, para el desarrollo provechoso de sus afanes vigentes. Apoltronarse en el sillón de las tradiciones heroicas, fruto exclusivo del genio estratégico o de la osadía personal, valdría tanto como enquistarse en la piedra inmóvil del monumento, negar la dinámica natural de la vida y condenarse a la inercia eterna.

El impulso innato del pueblo suele definirse a menudo hacia la exaltación de las figuras marciales y sus arreos. Le dicen más el brillo explosivo que les presta fondo atrayente, la plástica subyugante del héroe en actitud de realizar el mito de Aquiles, que la escondida senda del sabio y el paso de la vigilia por las amplias sienes de Sócrates. Desconoce frecuentemente que la epopeya, cauce de la hazaña bravía, fué de antemano inspirada y de antemano también concebida en las hondas entrañas de la doctrina. Tras cada movimiento emancipador y cada revolución política, de las que en continuo sucederse agitan los espíritus y las épocas, será fácil hallar la huella inconfundible de los filósofos, ya se les dé nombre de apóstoles o de enciclopedistas. Ocasiones habrá en que ambos heroísmos, el de Homero y el de Carlyle, converjan en un solo arquetipo. De todos modos, entre los dos, el pueblo seguirá tributando su culto al que mejor sabe impresionar su retina, con el aparato bélico y sugestivo que inflama la acción del soldado. Mientras no se eduque y se despierte su devoción el segundo de esos heroísmos, escapará, generalmente, al entusiasmo poco avizor de las masas, no obstante radicar allí el aliento que impulsa el primero y le imprime prodigiosa supervivencia.

Cuando un pueblo comienza a diferenciar dónde terminó la obra de la espada y se inició la de las ideas, es seguro que ha traspasado ya las lindes de su madurez espiritual. El fenómeno de su admiración hacia el héroe se efecturá, entonces, a la inversa. Le complacerá revestirlo con colores distintos de los marciales; vislumbrarlo en un escenario de luchas diferentes al de las batallas; descubrir en él los rasgos sublimes del sacrificio, que se consuma en el curso diario de la existencia, por la estabilidad de una norma justa, el triunfo de un ideal cósmico o la línea vocacional de una profesión de fe irreductible. Es ésta la que pudiera llamarse la hora de los valores cívicos y de la emulación de las virtudes conscientes y fundamentales del individuo.

La de integrar los elementos que estructuran la verdadera tradición popular, con sentido más docente y propósito más constructivo que los contemplados en el simple episodio heroico. La de instituir, en fin, como aquellos, el patrimonio de una cultura y trazar las características de una fisonomía peculiar.

A partir de esta fecha se producirá una transformación saludable en el entendimiento del heroísmo o, mejor dicho, en la apreciación de sus causas más elevadas. A Bolívar, por ejemplo, empezará a comprenderse, acaso ya con alguna predilección, por lo que atañe a esta faz de su genio, como el doctrinario de Jamaica, el sociólogo y legislador de Angostura y el vidente de Panamá. La ilustre figura de Vargas irá afianzando sus contornos en la nueva conciencia y con él, los hombres de la Universidad, los del Seminario, los de la Cátedra y las Letras. Hitos venerables, paso inicial o signo de avance en la marcha del pensamiento, reclaman devotos para su culto, porque antes y después del combate homérico, a veces dentro del tumulto mismo del choque, libraron su batalla, silenciosa y profunda, en la formación de la patria. A la epopeya cupo la gloria de modelar el cuerpo físico, geográficamente contorneado, de la nacionalidad. A ellos, dotarla con los más hermosos atributos del espíritu y de la inteligencia. La epopeya es la madre y merece su mármol y su laurel. El heroísmo del filósofo es el ductor y pide el fuego inextinguible de nuestras lámparas.

* * *

En todas las épocas, Venezuela, ha sido rica en hombres que se han empeñado en mantener y continuar una tradición del pensamiento y de la cívica dignidad. Hombres que han prestado servicios eminentes al país y a sus compatriotas, pero de los cuales poco se conoce hasta ahora, con relación al alcance de sus obras y a la talla moral e intelectual que les corresponde. Alguno ha sido señalado, más de una vez, por la pasión carlyliana del sacrificio, en aras de la devoción científica, filosófica o filantrópica. Escudriñar su vida, familiarizarse con sus hábitos e inclinaciones, equivale a tropezar con la sucesión interminable de sus heroísmos que, en la brega cotidiana con la existencia, supone la estructura de temperamentos así forjados.

El que hoy nos hemos propuesto estudiar, es de los que encajan en esa clasificación del tipo heroico. Su variada personalidad, lógicamente, no podrá caber dentro de los límites es-

trechos de una conferencia. Exige marco más holgado, por su extensión y penetración, a la técnica del ensayo biográfico. No obstante, abrigamos la esperanza de que las presentes apuntes sugeridas por la lectura de algunas notas interesantes y el conocimiento afectuoso y personal del hombre, objeto de este rápido análisis, nos estimulen en el futuro o puedan valer a otros para escribir la biografía que se le adeuda.

* * *

Héroe de Carlyle fue Lisandro Alvarado. Tuvo por blasón la modestia y por normas la investigación y la rectitud. Se las impuso a cambio de mucha ciencia y muchas letras. A cambio también de mucha honestidad y mucha pobreza. Quien lo viera pasar en uno de sus habituales paseos por los suburbios o en uno de sus largos recorridos por los caminos de tierra adentro, no hubiera titubeado en calificarlo de humilde. Muy lejos, sin embargo, hallábase don Lisandro, del concepto que a menudo suele tenerse de la humildad. Era modesto, simplemente; de modales bondadosos y campechanos, pero no humilde. Esta condición implicaba otras que hubieran reñido con su aguda y singular interpretación de la vida, de los hombres y de la propia estimación. La humildad puede confundirse con la ignorancia de los méritos personales, con la actitud servil o con la timidez excesiva. La modestia, en cambio, entraña conciencia, dignidad y fortaleza, que son trilogía maravillosa del espíritu superior. Emanan, más de un sentimiento piadoso hacia los rudos y los triviales, que de una reacción del pudor, dirigida a encubrir los tesoros de una naturaleza extraordinariamente dotada. La soberbia, antípoda de la humildad, no se halla ajena de participación en la modestia y es posible que se denuncie bajo formas de escepticismo esquivo o irónico. En la primera de esas formas, se llamará orgullo. En la segunda, avecina con la mordacidad y, a ratos, con el sarcasmo. La modestia viene a constituir, así en trance de malestar por inadaptación a la hospitalidad circundante, una defensa poderosa del temperamento sabio o artístico que celosamente recata. Es refugio y baluarte de la integridad ultrajada, cuando dice a sonar la hora de los títeres, de los simios y de los oportunistas.

Don Lisandro fue de los orgullosos y también de los dulcemente sarcásticos, por causas de ambiente adversas a su índole y su educación. Se había nutrido intelectualmente de una

época por muchos motivos más feliz y brillante que aquéllas en que le tocó debatirse como hombre y como escritor. La fecha de su nacimiento en El Tocuyo, 19 de septiembre de 1858, señala casi la mitad del siglo XIX, se baña en la luz, ya declinante, de los viejos patricios y se tiñe en los resplandores de una revolución sangrienta. El período "vargasiano", como ha denominado un distinguido coterráneo de don Lisandro, al comprendido entre la separación de Colombia y la Guerra Larga, semeja eclipsarse en este punto. Su influencia benéfica, no dejará de prolongarse, a pesar de todo, hasta más allá del propio ocaso, con las enseñanzas de los grandes educadores.

Dos hay, a la sazón, en Venezuela, de excepcional estatura. Don Egidio Montesinos, en El Tocuyo. El Licenciado Agustín Aveledo, en Caracas. Ambos habían crecido y alentado bajo el signo de Vargas. Ambos habían recibido directamente su inspiración y ambos continuarían transmitiéndola a sus discípulos. Estos hombres, como tantas otras figuras valiosas de su generación, eran hijos de la Reforma Universitaria de Vargas, de los afanes de Cajigal en pro de la Facultad de Matemáticas, de la severa palabra de Sanz, o, al menos, respiraban en la atmósfera el aire vital de las nuevas disciplinas educacionales. Aún se movían dentro de aquel clima de hálitos saludablemente docentes, la pasión atormentada de Juan Vicente González, la integridad tribunicia de Fermín Toro, la mística republicana representada por Soublette y por Vargas mismo. La Academia Militar de Matemáticas, fundada e impulsada por Cajigal, cosechaba como fruto óptimo aquella aspiración institucional y técnica que, aplicada a los estudios de la milicia, empeñábase en poner coto al repetido asalto de las montoneras improvisadas. Ello explicará la adhesión que los jóvenes cadetes de la Academia y los que allí habían obtenido altas graduaciones prestaran al movimiento de Julián Castro, el cual pretendía apoyarse en el respeto a la ley y en un reajuste salvador de las instituciones.

El año de 1858, dos corrientes contradictorias, encauzadas por sendos ideales de progreso, uno educacional, comedido y sujeto al ritmo natural de la evolución; el otro político, desbordado y anticipado, han salido al encuentro de Venezuela, para disputársela con furia. Por inescrutable coincidencia del destino, nace don Lisandro, a tiempo de alzarse sobre el tinglado el prólogo de la tragedia que habrá de servir de argumento a su *Historia de la Revolución Federal*, acaso la más acabada de sus obras.

Los días son de sobresalto y de conmociones políticas, que venían preparándose desde los albores de la tendencia separatista y de la fundación de la República. Cae Monagas, triunfa Julián Castro, se reúne la Convención de Valencia y se discute la famosa Constitución, llamada del 58. Por primera vez en Venezuela, el sufragio universal, se pone en práctica para elegir los diputados. El nombre de Federación corre de boca en boca, aun en la de aquellos representantes vinculados a la rancia doctrina oligárquica. Se precipitan la dictadura de Páez, la disolución de los azules, el derrumbe de las instituciones y, en suma, el choque definitivo que no pudieron contener los esfuerzos reiterados de los legalistas ni de los conciliadores. El último de estos esfuerzos parecían llevarlo a cabo los miembros de la Convención, instalada en julio de ese año. Las tentativas de restablecimiento legal resultaban, sin embargo, inútiles. Los propósitos de armonizar las voluntades y unificarlas se perdían en un laberinto de agitaciones y vehemencias. Mientras las divisiones crecían y se multiplicaban la incomprensión y la intolerancia, los ojos atónitos de los precavidos y moderados veían avanzar la tormenta con paso de relámpago.

La histórica frase de Antonio Leocadio Guzmán, "si ellos hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo", era síntesis exacta, clave reveladora de una situación que se esbozara de antemano, cuando los períodos presidenciales de Soublette y de Vargas. En balde el toque de campanilla, ordenado al Juez por Soublette, al entablarse el ruidoso juicio de prensa contra el mismo Guzmán, se empeñaría en resonar como símbolo de legalidad sobre los dictérios del demagogo. En balde la insurrección de Julián Castro, eco todavía más apagado de aquella voluntad legalista, solicitaría justificarse en el mantenimiento de un equilibrio que se anunciaba como imposible.

La catástrofe no se hizo esperar, y el edificio nacional se estremeció, hasta agrietarse, en lo más íntimo de sus cimientos. A la victoria efímera de Santa Inés y la muerte de Zamora en San Carlos, siguen al desastre de Coplé y las vicisitudes de una guerra lenta y penosa. Era el precio con que Venezuela pagaba los efectos de una transformación social de las más radicales, y quizá prematuras, que pudiera experimentar en carne propia. Era don Lisandro Alvarado, cuya infancia probablemente impresionaron las zozobras de cinco interminables años de guerra, a quien correspondería, primero que a nadie, trazar la fisonomía



Esta modesta silla sirvió de cátedra al maestro de Don Lisandro, Don Egidio Montesinos, en el Colegio "La Concordia". Obsérvese en uno de los brazos de la silla la palmeta. Se conserva en el Museo de El Tocuyo.

y penetrar la justa significación de una lucha sin precedentes, hasta entonces, en la historia de nuestras guerras civiles.

* * *

Entretanto se enardecía la contienda, la tarea de los educadores cumplía su misión inaplazable, aparte de los disturbios y el retumbar de las descargas por los montes y las llanuras de la patria. Como en la imagen goethiana, cuando afuera rugía el fuego, del lado adentro de la escuela, ciencia, poesía y meditación tejían sus guirnaldas para el espíritu. A veces, los ojos perspicaces del niño, al través de alguna rendija indiscreta, atisbaban el paso de las guerrillas andrajosas, el cortejo de la muerte, el rostro del hambre o la huella mutilada de la violencia.

De resto, y de los labios de don Egidio, en la ciudad natal, Lisandro escuchará sus primeras lecciones como alumno del Colegio de La Concordia. Allí se irá formando su pensamiento. Allí se despertarán sus dotes de observador consecuente y original, su propensión a los buenos textos latinos y la insaciable curiosidad de su mente. Toda su infancia y toda su juventud quedarán ligadas para siempre a los dictados del noble maestro "vargasiano", al cual también lo vincularon, desde un principio, similitudes y afinidades del carácter. De este modo recibió don Lisandro el patrimonio de una época, sin duda alguna señera, en la tradición cultural del país. De este modo llegó a ser, igual que López Méndez y otros de sus contemporáneos, eslabón y símbolo de aquella tradición en su tiempo. De las dos corrientes encontradas en el choque de la revuelta y que pudieran escuetamente designarse evolución y revolución, don Lisandro es de los que arrancan de la primera como consecuencia del proceso pedagógico y formativo de su espíritu. Dicha circunstancia deberá tenerse muy presente cuando se trate de ahondar en sus rebeldías más familiares ante las deformaciones del medio. Su ironía escéptica, por ejemplo, y su esquivéz sarcástica, las descubriremos en él, cada vez que la inconsecuencia de los sucesos o la irresponsabilidad de los hombres hayan de subvertir los verdaderos valores para eliminar, de tal guisa, el sentido cabal y lógico de las proporciones y distancias. Dueño de una inteligencia y de una cultura tradicionalmente firme, no podía menos de rebelarse contra las situaciones caóticas que le salían al encuentro. Encerrado dentro de su modestia orgullosa, huía por los caminos antes de claudicar como tantos. Seguro de su he-

roismo inquebrantable, se restituía a sus quehaceres urbanos y escudaba su protesta detrás de la frase, en apariencia inocua y sonriente, pero larga en su alcance y en su intención.

Modestia y heroísmo fueron virtudes que fortaleció al contacto con su maestro Montesinos, influjo de la recta ducción de sus padres, don Rafael y doña Gracia. La conciencia del hogar afanoso, espejo del sacrificio alegre por el trabajo bien cumplido y el pan bien ganado, le impondrá, a cada paso, la práctica de la renuncia al camino fácil y al lado halagüeño y materialmente remunerador de la vida. Los días de su niñez, como los de su adolescencia y su juventud, corren entre fatigas y privaciones, porque así lo piden los cortos haberes paternos; pero compensan la pobreza del bolsillo las vetas que le reportan sus especulaciones científicas, el estudio de los autores clásicos y modernos, de las lenguas vivas y muertas.

De la estrecha escasez que afligía su hogar, es testimonio suficiente lo que acaeció a don Lisandro el año de 1871, a raíz de presentarse para optar el grado de Bachiller en el Colegio Nacional de Trujillo. No fué posible a don Egidio extenderle el diploma en el Colegio de La Concordia, donde el mozo había cursado hasta el fin sus estudios, porque sólo tres años más tarde pudo este plantel obtener autorización oficial para el otorgamiento de tales títulos. Refiérese que el examen, al cual concurren varios condiscípulos de Lisandro, se efectuó en condiciones tan singularmente lucidas, que el Jurado Examinador le aclamó Bachiller unánimemente, con su compañero José Soledad Jiménez, aún antes de cerrarse la prueba reglamentaria. Así y todo, vióse en la impedimenta de continuar sus estudios universitarios en Caracas, hasta siete años después de su sonado triunfo en el Colegio de Trujillo. La falta de recursos, no sólo le obligó al aplazamiento de aquéllos, sino que le trajo a Barquisimeto, donde desempeñó el oficio de farmacéuta. En el intervalo y en horas extras del día o de la noche, trajina sin descanso entre sus papeles y sus libros. Lee y estudia lenguas, de las cuales, se dice, que alcanzó a conocer unas diez o doce. Data de esa fecha la anécdota que nos ha narrado un escritor amigo. Apenas contaba diecinueve años y ya podía escribir una epístola en buen latín. En este idioma dirigió una al doctor Ramón Perera para devolverle los *Anales*, de Tácito. Una frase de la carta pone de manifiesto dos de las cualidades más resaltantes en la personalidad de Alvarado, y por ello juzgamos oportuno recordarla. Esas cualidades, su modestia y su afición a las recias discipli-

nas del pensamiento, hállanse expresadas allí del modo siguiente: "los he leído en cuanto me ha sido posible". Aludía a los *Anales*, que, como la carta, estaban escritos en lengua latina. La confesión de un conocimiento que muy pocos poseen y que, por razón de sus cortos años, era en él sorprendente, no pudo ser más recatada, más verídica ni distar más de toda necia petulancia.

* * *

Con su heroísmo, con su modestia y su amor vocacional por la ciencia, las letras y la naturaleza, viene a Caracas, en 1878, para ingresar en la Universidad como estudiante de Medicina. Son los tiempos de la escuela experimental, explicada por Adolfo Ernst, de las teorías positivas de Augusto Comte, enseñadas por don Rafael Villavicencio. Como en todas partes, asombra a sus profesores y condiscípulos que, además, le admiran por su contracción ejemplar, con las manifestaciones de su mente agilísima y la multiplicidad de las tareas que se impone. En 1884 se gradúa de doctor en la Facultad de Ciencias Médicas, y se contrae con más ardor a sus aficiones preferentes, las letras la especulación filosófica e histórica. Concorre en intimidad a ciertos círculos literarios y se granjea amigos ilustres y excelentes, entre ellos Cecilio Acosta.

El Gobierno de Guzmán Blanco acaba de celebrar con pompa y solemnidad grandiosas el Centenario de Bolívar. Los escritores y los artistas han rendido sus homenajes al Padre de la Patria, con las producciones mejores de sus ingenios. Se han abierto magníficas exposiciones de pintores, y han aparecido libros que la crítica saluda con entusiasmo. Aristides Rojas ha contribuido con sus *Orígenes de la Revolución Venezolana*. Eduardo Blanco, opositor irreconciliable de Guzmán, publica por su cuenta, gracias al préstamo generoso de un amigo, la primera edición completa de su *Venezuela Heroica*. El libro, inflamado como una llama, llega hasta los más remotos rincones de Venezuela, traspasa las fronteras, reclama nuevas ediciones y hace exclamar a José Martí: "tendriase bien Eduardo Blanco en los estribos del caballo de Bolívar". En todos los ámbitos del país se discute a Guzmán. Se le adula o se le combate, a pesar de hallarse en el vértice de su poder. Al fundarse la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, el Presidente impone su voluntad de pronunciar el discurso de instalación,

que levanta un revuelo y una disputa acalorada con el Marqués de Rojas, hermano de don Aristides. Las letras están en auge, y periódicos y revistas exhiben firmas famosas, entre las que sobresalen las de aquel grupo de intelectuales distinguidos que colaboraron en la *Revista Venezolana*, patrocinada por Martí, y las de los fundadores de la Academia. Alborea una juventud vigorosa, que ya está fortaleciendo las vanguardias del pensamiento nacional y animando las corrientes de oposición al Gobierno. Allí tropezará Lisandro Alvarado con López Méndez, noble promesa de escritor y de combatiente. Allí se verá de nuevo con un conterráneo suyo, inquieto, dinámico y revolucionario; con quien antes, en El Tocuyo, había redactado el *Aura Juvenil*, periódico de fugaz existencia. Desde entonces, las figuras de Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, aunque por diferentes caminos, surgirán enlazadas para la posteridad y para la gloria de una hermosa tierra venezolana. Gil Fortoul sigue los rumbos de la política, forma con los redactores de *El Yunque*, órgano de la rebeldía universitaria contra la dictadura guzmancista, y persigue la lucha de los estrados, la diatriba periodística y los lances de honor. Don Lisandro escribe, estudia y vive en silencio. Se refugia ya en la resistencia pasiva de su decoro, de su moderación y de sus sacrificios. Se profundizan en él los rasgos físicos de su talento, que, al correr de los años, sus caricaturistas representarán con las líneas del Buho, como a Minerva. La nariz, en efecto, es corva y en los ojos, claros y miopes, salta el pez sumergido de la sabiduría. Alvarado pasará por la historia política de su tiempo sin variar un ápice su actitud de como fué en el Septenio y cuando los ojos turibulos de la "adoración perpetua". Vendrá la reacción con Rojas Paúl, pasarán sucesivamente los acontecimientos y los gobiernos hasta la muerte de Crespo en la Carmelera y la huida espectacular de Andrade. El buitre de las dos alas extendidas sobre Venezuela, Castro y Gómez, ensombrecerá por varios lustros los ojos y el corazón de la patria. Lisandro Alvarado, mientras tanto, rehuye honores y agasajos. Camina. Es trashumante como Simón Rodríguez, como Aristides Rojas y como Humboldt. Ama la botánica y las flores. Las artes le cautivan y gusta de los versos latinos y de la música. Traduce a Lucrecio. Dibuja. Ejecuta al piano piezas de los grandes compositores. La atmósfera de la capital le aburre y le sofoca. Vuelve a menudo los ojos hacia los campos de la provincia, hacia las anchas tierras venezolanas que le invitan a recorrerlas, a extraerles los secretos de su generosa naturaleza,

de sus muertos perdidos en las encrucijadas civiles, de sus lenguas indígenas y melancólicas. En 1887 aparece en el Estado Portuguesa, donde ejerce la profesión y contrae matrimonio, en Ospino, con Amalia Acosta Zúñiga. Le nacen hijos. Hace vida hogareña y trabaja sin cesar como médico. Socorre y cura a los pobres como filántropo. Colecciona plantas exóticas, toma apuntes originales para sus libros y emprende largas romerías. Se pierde de vista. Torna a aparecer y a desaparecer. Viaja por Europa en misiones científicas o diplomáticas. Un día cae por tierras del Guárico Oriental, Zaraza, Tucupido, Valle de la Pascua. Del mismo modo que en otros pueblos por él visitados o en los cuales ha vivido, prefiere habitar bajo el rústico techo de palmas de las viviendas campesinas, en alguna loma apartada. Igual que en Portuguesa clasifica especies botánicas y también disecciona insectos y mariposas. En sus horas de esparcimiento visita las casas y se le recibe en ellas con afecto y familiaridad. Tiene humoradas originales que atestiguan la abundancia y diversidad de sus dotes y lo muestran diestro en menesteres de los más menudos y raros. De donde no será imposible que se le mire hacer diseños o bordados, para ayudar o enseñar a las mozas nuevos modelos. Es buen jinete y audaz nadador.

A la puerta de su bohío tiene una palangana donde los pacientes depositan lo que pueden pagarle por honorarios, de acuerdo con sus propios recursos, desde un centavo. La filantropía de Alvarado es afable y despreocupada. Dice a los infelices que requieren de sus auxilios: "no se preocupe por nada, no pague nada". Así se acerca a los humildes, con misericordia. Cuando le conocimos en Caracas, entre 1921 y 1922, se ganó para siempre nuestra devoción y nuestro afecto. Le atraía la juventud y marchaba hacia ella con fecunda y luminosa bondad. Estar a su lado era aprender y disfrutar de entrañables bienes espirituales. Muchos de los de nuestra generación le debemos estímulo, consejo y gratitud inolvidables.

Aun cuando la política le disgustaba, servirá al gobierno en algunas oportunidades y seguirá haciéndolo siempre que se consideren útiles o necesarios su capacidad y sus conocimientos. Se le empleará más bien como consejero o como técnico, en cargos de segunda importancia, antes que llevarlo a los destinos de elevada jerarquía oficial. De esta suerte escribió documentos y correspondencias brillantes que suscribían legos y sandios o prestó desinteresadamente el concurso de sus ideas y de su estilo para la solución de muchos problemas que interesaban al

Estado. Aparte de esto, nadie lo sacaba de su modestia. Era su escudo, como se ha dicho, frente a las deformaciones del medio y la injusticia predominante. Su escudo y, en veces, su arma, cuando se revelaba en tono irónico, posiblemente sarcástico, pero jamás ofensivo ni hiriente. Gil Fortoul observó que "ironizaba sonriente como Sócrates y filosofaba dudando como Descartes". Cuando un ministro le constriñó a colgarse una medalla con motivo de una recepción diplomática, don Lisandro, muy a pesar suyo, la insignia atada al cuello, iba entre los grupos de personas repitiendo con voz risueña y gutural: "Hoy es día de títeres". En ocasiones llamaba a la puerta de algún amigo. Al inquirirle de adentro: "¿Quién es?", a cambio del consabido "gente de paz", don Lisandro respondía también risueña y guturalmente: "Perico el de los Palotes". Así rehuía la ostentación, a faz de los que, sin méritos, la buscaban obstinadamente. Así solía anunciarse aquel hombre ilustre por mil títulos. Entre sus iguales, su modestia, acaso, nunca hubiera asomado los ribetes de la soberbia; pero mientras la chusma condecorada hacía su alarde y su agosto; mientras el verdadero "Perico de los Palotes" albergaba su incapacidad y su anonimia en cualquier gabinete ministerial; mientras los valores se subvertían y mientras las cuentas eran de restar y no de sumar, el de los brillos tenía que ser el pelele, y "Perico el de los Palotes", Lisandro Alvarado y no el anónimo.

* * *

Allí, sin embargo, estaba él, don Lisandro, con su larga lista de haberes. Los constituían su vida y sus obras. Su vida abnegada y sin tacha. Sus trabajos históricos, lingüísticos, literarios y científicos. Fué, por ejemplo, el primero que aplicó en Venezuela, tal vez de los primeros que lo realizaron en América, los principios de la escuela italiana sobre psicopatología y la responsabilidad del delincuente, ahora modificados y amplificados por las doctrinas freudianas. Dos de sus trabajos más celebrados lo testimonian. En uno, *Neurosis de los hombres célebres*, estudia, dentro de dicha escuela, la epilepsia de Páez y las anormalidades afectivas de Cajigal, entre otros casos. En el segundo, *Delitos políticos de Venezuela*, hace gala su autor de un extenso dominio de la materia y de observaciones personales muy penetrantes cuando, siguiendo las mismas tendencias, califica de crímenes colectivos dos trágicos acontecimientos de nuestra historia:

la guerra a muerte y la disolución del Congreso por las masas el año 48.

Labor de intrincada y minuciosa paciencia, fruto inmediato de sus correías de caminante, de su familiaridad con el aborigen, en cuyas tribus habitó don Lisandro, de su consecuente comunicación con el alma del pueblo, nos están significando en nuestros días sus obras de tipo folklórico. Es así como su *Glosario de voces indígenas*, que completa con el *Glosario del bajo español en Venezuela* y las *Alteraciones fonéticas del español en Venezuela*, viene a enriquecer, de manera extraordinaria, los estudios venezolanos de lingüística iniciados por Codazzi, Ernst, Aristides Rojas y Julio Calcaño.

Cuenta don Lisandro, además, con numerosos ensayos de literatura y de crítica, excelentes por su calidad y agudeza, como lo es su discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, en el cual expone y cala un capítulo entero de nuestra poesía lírica, con la generación de Romero García, Potentini, Romance y Racamonde. A ratos hace versos de corte clásico y fino ingenio. Es magnífico traductor de poetas y de prosistas, según lo demuestran su versión al castellano del poema latino *De Natura Rerum*, de Lucrecio, y la que hizo del libro de Humboldt, traducido del francés, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*.

Mención aparte merece su *Historia de la Revolución Federal*, que bien puede considerarse la más acabada de sus obras, como dijimos al comienzo. Por sí sola sería bastante a inmortalizar su nombre. Su importancia fundamental estriba en el modo como ve y analiza las causas y los efectos de la contienda. Para Alvarado se desvía de las que hasta allí habíamos tenido por conmociones intestinas armadas, se convierte en una lucha de clase típica y echa raíces en los estratos sociales más soterrados. El autor hace de Zamora, el representante por excelencia de un movimiento que parece como surgido de una oscura fermentación de las masas populares. Acaso es injusto con Falcón, a quien desconoce algunos de sus méritos y a quien, después de todo, cupo lo más arduo de la campaña y la reorganización política del Estado en medio del caos imperante. Acierta, en cambio, cuando afirma que este caudillo federal distaba de ser una expresión neta del pueblo. Por su educación y su origen, cuadrábale mejor el penacho caballeresco que la tea incendiaria del reivindicador implacable. A ello debió el calificativo de magnánimo y

el fervor que Domínguez Acosta puso en su elogio: "No tuvo más defecto que llevar el corazón más alto que su época".

El concepto de la historia en Lisandro Alvarado, como en Gil Fortoul, se inspira en las teorías de la escuela experimental. Reacciona contra el espíritu poético y novelesco de los viejos historiadores, pero no se vuelve en sus manos mero instrumento de vivisección fría y analítica. Hay algo en ellos, particularmente en Alvarado, de moderador y sutil eclecticismo, que los hace participar como de un resabio superviviente de aquel espíritu en la nueva modalidad y les impide, por tanto, incurrir en los fanatismos congénitos de toda tendencia exclusivista. Se acercan por esta vía a las escuelas contemporáneas, que de nuevo prestan singular atención a los elementos imaginativos de la poesía y la novela en la historia. Por otra parte, justifican, en cierto modo, a nuestros historiadores románticos, Baralt, Larrazábal, Eduardo Blanco y Arístides Rojas, que, en nuestra opinión, se hallan hoy más próximos a Guillermo Ferrero con su *Grandeza y decadencia del Imperio romano*, a Zweig, Ludwig y otros, con sus biografías de actualidad, que a los autores extremistas del positivismo y el método experimental.

Convendría establecer que el romanticismo no fué en América un movimiento de importación en su forma integral, ni mucho menos de segunda mano, pasado por la criba peninsular, como algunos pretenden. América ha sido en sí misma, desde su génesis, el continente romántico. Ella les dió argumento a muchos ingenios del romanticismo europeo. Un gran escritor latinoamericano ha dicho que "el romanticismo ha podido o ha debido nacer en América". Lo cual hace suponer la existencia de uno original de nuestro hemisferio, con sus figuras completas y genuinas. Echevarría, por ejemplo, en Buenos Aires, y antes Bolívar, cuando todavía oficialmente no había sido abierto el ciclo romántico. Por ello, ni Alvarado ni Gil Fortoul lograron despojarse en forma definitiva de un espíritu que era savia circulante y vernácula de sus propias raíces.

* * *

La gloria de Lisandro Alvarado no está solamente en sus obras, sino en su vida, en la huella de su paso por los caminos de Venezuela, en la pasión carlyliana de su temperamento por anteponer los dones de la sabiduría y de la dignidad a los halagos transitorios del mundo exterior y el asalto sin esfuerzo de las cimas privilegiadas.

Una tarde cualquiera de 1926, en su casita silenciosa de "El Calvario", sin más compañía que sus folios y sus textos, le sorprendió la enfermedad y tres años después vino la muerte. Se fué limpio de mancha y dejó a la nación un testamento hermoso, en pago de una deuda que creía haber contraído con ella. Cuando don Lisandro cayó postrado por un mal incurable, el oficialismo de entonces, acaso por la intercesión de algún amigo bondadoso, pareció acordarse de él y le envió a Europa costeándole el viaje. La ciencia europea fué impotente para salvarle. Don Lisandro regresó en breve a la patria y se refugió en la ciudad de Valencia a esperar su término. Murió el 10 de abril de 1929, pero antes quiso cancelar, como buen caballero, el que juzgaba su inmenso compromiso. Don Lisandro, que nada había pedido a nadie, que jamás recibió sino el exiguo precio de sus afanes, que todo lo dió: su trabajo, su pensamiento, su corazón, quería marcharse solvente. Dispuso que sus obras inéditas, depositadas en la Academia de la Historia, y que forman un grueso legajo, pasaran íntegramente al patrimonio nacional. No comprendió, en su infinita modestia y escrupulosa honestidad, que es Venezuela quien le debe, porque enriqueció su cultura; que es el Estado quien le debe, porque lo sirvió con desprendimiento; que es la Universidad quien le debe, porque se acercó a la juventud con su ejemplo y con el estímulo generoso de los grandes maestros.